

critura se llama Pan de los valientes: *Panis fortium*. Fuera de esto, habia hecho componer y aderezar un riquísimo carro, donde, como en una capilla portátil, llevaba el divinísimo Sacramento, porque no queria que marchasen sus ejércitos, sin llevar consigo, como los Israelitas, por la mas segura defensa, el Arca Sacratísima de Dios, en cuya presencia, en los mayores peligros, ya él en persona, ya sus soldados, por turno, remunerándose, hacian devotísimas oraciones. Y así, la primera vez que salió á campaña, escribió con hermosas letras, y se colgó al pecho en un relicario, éstas palabras: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es*: No temeré los males y peligros, porque tú estás conmigo.

Ni le salieron vanas sus esperanzas, porque con prodigiosos favores fué preservado de gravísimos peligros. En Salsfeld, asistiendo á la sagrada Eucaristia en un sitio continuamente batido de la artilleria enemiga, y avisandole que se quitase del riesgo, respondió: Nadie puede hacerme daño, cuando asisto á mi Dios: *Apud Deum meum constituto nemo nocere potest*. Igualmente a otros, que le persuadian resguardase con corazas el pecho, dijo: El Dios de mi corazon es mi peto y lorica: *Deus cordis mei lorica est*. Tambien en la Bæsea se estuvo intrépido en un sitio, donde asataban y herian las bomhas del enemigo, de las cuales una bala llegó á tocarle la cimera del morrion; pero sin herirle ni un cabello de la cabeza, como que las balas no se atrevian á ofender aquella cabeza, que por reverencia del santísimo Sacramento se exponia descubierta á las lluvias del cielo, y á los rayos del sol. Y como esto hubiese sucedido muchas veces, corria voz entre

los soldados, que quien en la mayor tempestad de las balas estaba detrás del Archiduque, estaba mas seguro de los golpes, que si estuviese detrás de una cortina de bronce. Mas memorable fué lo que acaeció en el sitio de Naumburg, donde habiendose obstinado los enemigos á no rendirse jamás, estando ya para el asalto general, dijo antes Leopoldo á sus soldados: Oigamos Misa, y Dios acobardará á nuestros enemigos: *Missæ Sacrificium audiamus, et Deus vacordem faciet inimicum*. ¡Cosa maravillosa! Al tiempo de alzar la sagrada Hostia en el campo imperial, hicieron seña para rendirse los obstinados enemigos; por lo cual añadió el Archiduque: *Sic vincendi sunt hostes*.

Pero las mas nobles victorias, que con el santísimo Sacramento alcanzó Leopoldo, fueron contra sus pasiones y contra los vicios, hasta merecer el sobrenombre glorioso de *Principe angélico*; y á los suyos el apellido de *Corte santa*. *Quid ad hæc Ministri Altaris?* A tanta piedad y devocion de un Príncipe seglar y guerrero, ¿qué podrán responder aquellos, que particularmente están consagrados á los altares, y destinados á los obsequios del divinísimo Sacramento? ¡O Ministros de tan celestial Mesa!

Lease á Tomás de Kempis lib. 4. cap. 4. cuyo título es: Cuan muchos bienes se comunica ná los que comulgan devotamente.

LECCION XIII.

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

SI no supiesemos otra cosa de la vida de Cristo, sino su pasion sola, bastaria para encender el mundo en amor divino, y reformarle con las luces de sus ejemplos; así como bastó para redimirle con el valor de sus méritos. Cuantas virtudes ejerció, y cuanta doctrina enseñó en los treinta y tres años de su vida, todo lo encerró y compendió en las pocas horas que precedieron á su muerte.

En este espejo del Crucificado, (dice S. Lorenzo Justiniano, *de Agone*) se descubre el abismo de la misericordia, se ostenta la grandeza del infinito amor, y se manifiesta cuan grande es el valor de un alma, por cuyo rescate Dios empleó su vida: *Tam pretioso pretio hominis redemptio agitur, ut Homo Deum valere videatur.* Al pie de la cruz se conoce la gravedad del pecado, que fué causa de la muerte dolorosísima de un Dios, y debió lavarse, no con otra agua, que con la divina Sangre.

Aquí se aprende el rigor de la soberana Justicia, que para poner terror al esclavo pecador, no perdonó á su propio Hijo: *Proprio Filio suo non pepercit.* Aquí sobre todo muestra Dios su excesiva caridad: *Nimiam charitatem suam,* como la llama el Apostol, queriendo padecer tantas injurias y dolores por nuestra salud y remedio: porque si fué extremo del amor de Dios darnos todos sus bienes; mayor exceso, sin duda, es tomar para sí todos nuestros males.

Cuentan las historias, como una proeza heroica de amor incomparable, la de una reina de Inglaterra que viendo al rey Estevan, su marido, atravesado de una saeta, envenenada, sin esperanza de vida, quiso ella dársela á costa de su muerte; porque siendo el único remedio de la herida sacar fuera el veneno chupandole, no permitió el piadosísimo rey, que ni aun un esclavo le aplicase los labios, porque no quiso vivir á costa de la muerte de otro; mas no pudo guardarse de las amorosas asechanzas de la reina, su esposa, que dormido el rey, entrando en la cámara, y descubriendo ligeramente la llaga, aplicó á ella mas de una vez la boca, hasta chuparle enteramente el veneno, y atraer á sí la muerte, que habia de padecer su marido. Entre los hombres parece que no se puede hallar mayor extremo de amor; pero le excedió, sin comparacion, el amor de Jesus.

Aquella reina, al fin, usó tanta fineza con su consorte, de quien era sumamente amada y favorecida; pero que el Criador la ejecute por una vil criatura; el Rey del cielo por un esclavo rebelde, tomando sobre sí las culpas, que él habia cometido, y la pena de muerte, que él debia padecer; éste es un prodigio de amor, que ni aun los ángeles le habrían juzgado posible.

Ahora vengamos á los misterios. Así como el pecado tuvo su origen en el jardin del paraíso terrestre, así la redencion empezó en el huerto de Gethsemani. Allí Adán estendió las manos al árbol vedado; aquí Cristo ofreció sus manos al leño de la cruz: *Ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret.*

Apenas entró en el huerto, cuando privó á su

benditísima Alma de todas las consolaciones sensibles, que suelen aligerar los dolores del cuerpo; y dejando aparte todo esfuerzo, que de la parte superior podia redundar á los sentidos, largó la rienda á la parte inferior, para que con la aprehension viva, y horror de los males, que le amenazaban, se anegase en un mar de inmensa tristeza y congojas.

Así el Redentor, que á sus mártires, obrando prodigios, infundió en sus almas una abundancia de tantas delicias espirituales, que enmedio de los mas crueles tormentos no sentian los dolores, antes se alegraban; en sí mismo hizo milagros, suspendiendo aquellas dulzuras de la bienaventuranza sensible, que naturalmente debian rebosar en su alma de la vista y fruicion de Dios, para que rendida á los gravísimos sentimientos, hiciese mas sensibles los dolores del cuerpo; y así fueron tan atroces y vehementes, que los sagrados Evangelistas no saben explicarlos, sino con diferentes nombres de temor, angustia, tédio, tristeza y agonía. Aun el mismo Salvador llegó á confesar, que la fatiga habia llegado á tal extremo, que le reducía á punto de muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem*. La causa de tan grandes aflicciones fué representarsele delante de los ojos de su entendimiento el dolorosísimo teatro de los innumerables tormentos y afanes, que le aguardaban en su pasion; la multitud y gravedad de los pecados, porque queria dar cabal satisfaccion á la divina Justicia, tal, que de la grandeza de sus penas se infriese bien la gravedad de nuestras culpas; el poco fruto que habia de coger de tanto padecer suyo por la malicia de los hombres; no habiendo mayor pena para un grande amor

que penar y morir, sin provecho, ni agradecimiento de la persona amada por quien se pena y se muere; como una madre, que padeciendo mortales fatigas y dolores de parto, viene finalmente á parir un niño muerto; ¡ó cómo se entristece sin consuelo, por haber tolerado tantas congojas inutilmente!

No solo esto, mas veía el Salvador, que estas mismas penas suyas habian de servir de mayor condenacion para muchos; porque quanto él mas padecia por el hombre, tanto mas gravemente seria castigado el hombre por la ingratitud y deslealtad al beneficio de la redencion.

Por esta razon fué tan grave esta pena, que los sagrados Doctores la juzgan por mayor, que los otros dolores de la pasion. Cierto es, que las aflicciones y congojas del alma son tanto mayores, que los tormentos del cuerpo, quanto la una se aventaja á el otro: *Omnis plaga tristitia cordis est*. (ECCLES. 25.) Y bien sabemos que muchos, por acabar los trabajos del ánimo, voluntariamente dieron muerte á su cuerpo; mas el Salvador no pidió al padre que le librase de los tormentos exteriores, pero sí de los interiores. Dos nombres dió el Señor á su pasion, ya llamándola Caliz: *Calix quem dedit mihi Pater*, (CORN.) ya llamandola Bautismo: *Baptismo habeo baptizari*. (LUC. 12.)

El Caliz (segun los sagrados Intérpretes) significa la amargura interior del espíritu: el Bautismo, los dolores exteriores del cuerpo. De aquel pide al Padre que le libre: *Transeat à me Calix iste*. De este no desea eximirse; antes muestra grande ansia de que llegase: *Quomodo coarctor, usque dum perficiatur*. Sin duda por darnos

á entender, que mas le atormentaban las agonías interiores del alma, que los tormentos exteriores del cuerpo.

Mas para formar de esto algun concepto, veamos los efectos que causaron. Padeció el Salvador una mortal agonía, y sudó gotas de sangre en tanta abundancia, que corrian hasta la tierra. ¡Cuál, pues, debia ser en el Corazon de Jesus el combate y lucha de los afectos, cuando el uno, por conservar la vida, le apartaba de padecer una muerte tan dolorosa é infame; el otro, por rescatar al hombre, le movia y apremiaba á salir al encuentro, y admitir tantas penas y tantas injurias. En tal conflicto de pasiones, el temor de la muerte llamó al corazon toda la sangre, para socorrerle en su desmayo y caimiento; pero prevaleció y pudo mas el amor de nuestra salud, y con gran fuerza rechazó y arrojó la sangre de modo, que salió de todas sus venas.

Tan atróz fué el dolor del Corazon de Cristo, que el V. P. Fr. Luis de Granada le llamó milagro de dolor nunca oído: *Hoc maxime mirabile fuit nunquam enim talis sanguinis sudor visus est.* (SERM. 6. DE PASS.) De ninguno se lee, que por la grandeza del dolor sudase sangre en tanta copia. Ya hubo una santa Liduvina, que mirando con afecto de compasion al crucifijo, llegó á llorar lágrimas sangrientas. Huvo un san Francisco Xavier, que por horror del pecado, aun propuesto en sueños, rompió una vena del pecho, y arrojó por la boca abundancia de sangre; pero sudar la sangre en tanta copia, estaba reservado á las congojas del Redentor. Así como era único, sin comparacion, el amor con que nos queria bien; así debia ser singular, sin ejemplo, su dolor en padecer por nosotros.

Por este voluntario derramamiento de sangre se llama el Salvador *Sponsus Sanguinum*, y se compara en los sagrados Cantáres al árbol de la Myrra, el cual, por fuerza de su calor natural, arroja por sí, sin violencia agena, el primer licor, reservandose el esparcirlo despues en grande abundancia, cuando le punzan con el hierro, y le hieren la corteza, abriendo bocas en su tronco. Por eso tambien el Señor apareció á santa Brigida candido y rojo, y se comparó al Pelicano: *Ego sum verus Pelicanus, qui sanguinem proprium do filiis meis, et reficio.* (LIB. 6. CAP. 9.) A guisa de un amoroso Pelicano, me saco voluntariamente de mis venas la sangre, por darla á mis hijos, y sustentarlos con ella, y reforzarlos.

Pero estas comparaciones explican poco el amor y el dolor de Cristo, porque la myrra derrama pocas gotas de su licor, y el Pelicano de solo una vena saca la sangre; mas el Redentor suda la sangre en tanta abundancia, que corre hasta la tierra, y de todas las venas de su cuerpo la derrama con gravísimo dolor; porque con la viva aprehension todos sus miembros empezaron á sentir aquel dolor, que cada uno habia de padecer en llegando el caso. Pues allí se le representó vivísimamente, que la cabeza habia de ser coronada de espinas; las megillas heridas con bofetadas: el rostro afeado con salivas: la lengua ahelada con vinagre y hiel: los cabellos arrancados: las espaldas atormentadas con los azotes: las manos y pies traspasados con clavos: las coyunturas desconsertadas: el costado abierto con la lanza; y finalmente, todo el cuerpo herido, despedazado y clavado en una cruz.

La representacion vivisima de tantas penas, como si todas juntas allí se padeciesen, fué el verdugo que anticipadamente le atormentó, y los clavos, que allí le clavarón, y el peso gravisimo de la cruz, que le hizo sudar sangre; pero mas que todos los tormentos, la sacó de las venas del corazon el amor que nos tenia. ¡Y yo, á tanta fineza de caridad, no sabré corresponder ni aun con un tierno afecto de compasion! ¡Tendré un corazon tan duro, que no se enterezca á tanto fuego de amor! ¡No derramarán mis ojos una lágrima por quien por mí derrama tanta sangre!

En estos sus afanes, no solamente nos dió el remedio de nuestras culpas, sino tambien nos mostró el modo de confortarnos en nuestras penas, enseñandonos á quien debemos recurrir para aligerarnos nuestras tribulaciones. Volvióse á su Eterno Padre con afectuosísima oracion; y ya hincadas las rodillas, ya con el rostro y frente pegada á la tierra, le suplicó: *Pater, si possibile est transeat à me Calix iste.*

No siendo oído la primera vez, repitió mas ardientes los ruegos; y no alcanzando aún la gracia del Padre, *prolixius orabat*, duró mas horas en la oracion, sin que la revolucion del ánimo, el horror de la cercana muerte, el derramamiento de su sangre le divirtiesen. Y yo, ¡á quién recurro en mis trabajos? A los amigos, que muchas veces, en lugar de disimular la pena, la aumentan con malos consejos, ¡Cuánto tiempo persevero en la oracion en mis aficciones? Una ligera inquietud me turba el afecto: ¡acaso he tenido algun dia tan oprimido el corazon, que me haga correr la sangre? Pues si Cristo, combatido de tantas congojas, no obstante persevera por mi amor

en la oracion; ¡por qué á mí cualquier pequeño trabajo me ha de quitar, ó entibiar la voluntad de orar para mi provecho y beneficio?

Pero digna de especial reflexion es la forma de orar del Redentor. Nunca salió de su boca el *transeat à me Calix iste*: pase de mí este Caliz, sin que fuese acompañado de aquel *non mea, sed tua voluntas fiat*; no se haga (ó Padre) mi voluntad, sino la tuya: no reservo cosa alguna á mi arbitrio, todo lo déjo á vuestro beneplácito: ¡quereis que yo padezca traiciones, calumnias, desprecios, bofetadas, sin defenderme ni aun con una palabra? *Fiat voluntas tua.* ¡Disponéis, que todos mis miembros sean despedazados con crueles azotes, mi cabeza traspasada con espinas agudas, mis hombros oprimidos con una pesadísima cruz? *Fiat voluntas tua.* ¡Mandais, que yo me deje clavar en una infame horca, y así con acerbisimo dolor esté pendiente, desnudo, entre mil ultrajes é injurias, hasta derramar la última gota de mi sangre, y espirar agonizando el alma? *Fiat voluntas tua*: Hágase en todo tu voluntad.

Ni éstas fueron solamente palabras, vinieron presto á ser obras, porque apenas oyó el estruendo de la escuadra armada, que venia á prenderle, cuando interrumpiendo la oracion, y dejando á un lado el consuelo del ángel, que vino á confortarle, salió á encontrar á los soldados, y entregarse en sus manos, para que á su gusto le atormentasen. ¡O cuántas enseñanzas saludables nos dió Cristo en esta su generosisima resignacion! *Haec vox capitis* (dice san Leon) *salus est corporis. Haec vox, fiat voluntas tua, fideles instruxit, Confessores accendit, Martyres coronavit.* (SERM. 7. DE PASS.)

Aquí aprendieron los fieles Confesores de Cristo á tolerar con resignacion las enfermedades, los sucesos adversos, los desprecios, los trabajos y penas: aquí bebieron su valor y constancia los Mártires, para irse á encontrar con los tormentos y las muertes crueles; con tal generosidad de corazón, y tal alegría de semblante, que parecia estaban viendo abierto el Paraiso. Santa Gertrudis escogió para oracion jaculatoria en sus trabajos *Fiat voluntas tua*, hasta repetirlo mas de cien veces al dia. Felipe II. aquel no menos piadoso, que sábio, rey de España, en su ultima, larga y penosa enfermedad, decia con heroica resignacion innumerables veces: *Pater, fiat voluntas tua*: y confirmó las palabras con las obras; porque habiendole de abrir una apostema, con terribles dolores, hizo que le leyesen el Evangelio de la pasion; y llegando el lector á las dichas palabras *Fiat voluntas tua*, le mandó que parase, repitiendolas muchas veces; pero mas con el corazón, que con los labios.

§. II.

AZOTES Y CORONACION.

Comparó Cristo su pasion á un mar inmenso: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me*. No lo podemos navegar ahora todo, sino solo algunos Misterios, entre los cuales es sin duda muy principal el de los azotes. Este fué uno de los mas dolorosos y extraños espectáculos, que jamás vió el mundo; ver llover sobre las espaldas de Dios golpes, que eran castigo solamente de esclavos y de ladrones, No sabré yo me-

gor pintarlo, que con las palabras con que á santa Brigida lo reveló la Madre de Dios, testigo de vista de tan desapiadada carniceria. Dice así: (LIB. 1. CAP. 10.) Llevado mi Jesus á la columna, empezó de su voluntad á desnudarse de sus vestidos, y estender sus manos ácia la misma columna, á la cual bárbaramente le ataron aquellos verdugos con duras cuerdas. Así atadas las manos estaba desnudo, con insufrible vergüenza, al ver que sus virginales carnes pareciesen descubiertas á los ojos del insolente pueblo, cuando se acercaron aquellos sayones, y ahuyentando á cuantos estaban allí cerca, empezaron á descargar crueles azotes sobre aquellas delicadissimas y purissimas carnes. Al primer golpe yo, que no estaba muy lejos, quedé desmayada de dolor, hasta que recobrando aliento, miré el cuerpo de mi Jesus ya tan despedazado y roto, que se le veían hasta las costillas; y lo que era mayor crueldad, al recoger los látigos y cordeles, abrian y formaban como sulcos en sus purissimas carnes. Hecho ya mi divino Hijo todo sangre, y todo llagas, de suerte, que no se hallaba miembro sano, en que cayese el azote; y con todo eso, prosiguiendo aquellos homicidas en herir las heridas, uno de ellos, movido á compasion, ó no sé de que espíritu, exclamó: ¿Cómo se quita de esta suerte la vida á quien hasta ahora no está sentenciado á muerte? Y diciendo esto cortó de un tajo las cuerdas con que estaba atado á la columna. Entonces moviendose mi Jesus un tanto, para ponerse en las espaldas su vestido, vi el lugar donde habian estado sus pies todo lleno de sangre, y por donde quiera que se movia, dejaba impresas con sangre las huellas; de las cua-